

para las elecciones en  
S. A. D. E.  
(Sociedad Argentina de Escritores)

**MEJOR SI VOTA  
LISTA  
UNIÓN Y CONSOLIDACIÓN**

*Presidente*

**JOSÉ MARÍA  
CASTIÑEIRA DE DIOS**

*Vicepresidente*

**BERNARDO EZEQUIEL  
KOREMBLIT**

**Informes y adhesiones**

**ARÁOZ 2730  
1425 - BUENOS AIRES  
TEL. 831-3039**

El escritor **MAXIMILIANO AUGUSTO SOLER BISTUÉ**, es un adolescente argentino cursante de los últimos años en el Colegio Nacional de Buenos Aires, que incursiona imaginativamente en la narrativa literaria. De sus relatos, frescos y transparentes, emergen en uno la capacidad del autor para contarnos sus observaciones y su imposibilidad de atrapar las siluetas que le muestra el tren presuroso. En el otro cuento nos participa su angustia denunciante por lo que hasta ahora parece el destino yermo y doloroso de nuestro planeta.

Se trata de textos prolijos y sólidos, de buena estructura, en los cuales Soler Bistué utiliza este medio expresivo para alertar, proponer y proponerse una reflexión; el arte y el medio ambiente, temas que tanto pueden darse recíprocamente.

Correspondencia con el autor:

Monroe 900 - 6º piso  
1428 - Buenos Aires      Tel. 781-7651

Escritores recién publicados:

EUGENIO CÉSAR BARGIELA      CARMEN GARBARINO  
CARLOS ENRIQUE BERBEGLIA      JULIÁN GUSTEMS  
TERESA CARMEN FREDA      JOSEFINA LICITRA  
VICTORIA de LORENZO

*Director de la colección:*

**CARLOS PENSA**  
Corrientes 2963 · 2º cpo. · 1º "G"  
1193 - Buenos Aires - Argentina  
Tel. y Fax: 88-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL

26

todo es **Cuento**®  
y

*maximiliano augusto  
Soler Bistué*

coleccionable

Julio de 1995

**m. a. S. B.**

## EL DRAGÓN

Era un maravilloso tren. Pasaba todos los días a las dos de la tarde y ocho minutos. Y todos los días a las dos de la tarde y ocho minutos nos reuníamos en el terraplén para realizar el juego.

El tren que pasaba en curva delante de nuestro patio, tenía siete invariables vagones y quince ventanillas en cada vagón. Todos los días pasaba cargado de rostros desconocidos, quince por vagón, y cada día se los llevaba para nunca volver a verlos. Corría delante nuestro con su estrepitoso pasar y nos empujaba hacia un lado con su aliento frío.

Una gigantesca víbora metálica, un gran dragón con su fuego helado y mandíbulas que baten constantemente. Y para él era nuestro juego. Sus ventanillas grises y apagadas dibujaban siluetas negras indiferentes y tibias, siluetas anónimas que pasaban en relámpagos derechos, titubeantes; pasaban para volver a pasar al día siguiente, pero ya era otra figura, no la misma.

## EL ÁRBOL

Era el año 2.145, una primavera, cuando mi viejo amigo, el millonario excéntrico Pedro Fernando Casarež, me invitó a su casa esa tarde por razones que él me revelaría más adelante.

El sol, como de costumbre, estaba oscurecido por el frágil escudo de ozono artificial; sin embargo, yo recordaba, en mi lejana niñez, aquel destello en el cielo.

Camino de su residencia, ya en las afueras de la ciudad, podíanse observar en el horizonte las distanciadas montañas, hastiadas ya de aquel desolador espectáculo humano. El paisaje más próximo, totalmente llano, estaba cubierto por una gruesa capa de acero y concreto que protegía el mundo subterráneo de las frecuentes lluvias ácidas. A pesar de mi máscara, que me protegía de los gases tóxicos del exterior, me pareció sentir extrañas y amargas fragancias de muerte. Sin embargo, gracias a los antiguos "chips" y viejas historias de mi tatarabuelo, yo había podido imaginarme alguna vez en mi infancia aquel páramo como algo vivo, fértil. Por este desierto árido revolotearon gorriones y mariposas. En aquella pradera alguna vez pastaban conejos, reptaban serpientes. . .

Cuando llegué a su casa, una verdadera mansión, me hizo pasar apresuradamente y con voz trémula me saludó.

—Buenos días— repliqué.

Parecía más alterado que de costumbre, muy ansioso. Creí que había vuelto a caer en otro de sus ataques de nervios y que todo aquello era una farsa. Luego de pasar por la cámara de descompresión, le pedí explicaciones sobre su extraño comportamiento.

—N. . . No puedo hablar— me dijo— sígame.

Me llevó a su estudio. Noté que tenía una forma romboidal, como las antiguas recámaras del siglo veinte. Esta habitación nunca me había sido revelada, y ni siquiera los criados sabían lo que ocultaba.

Me hizo una seña para que me acercara. Presionó un botón, se accionó un mecanismo, se levantó una cortina dejando al descubierto un espacio cuadrado.

Allí crecía un árbol.

Fue la tercera vez en mi vida que pude contemplar uno.

Maximiliano Augusto Soler Bistué